

á partir para evitar todo choque y tranquilizar á Jeque Ibrahim y al Drayhy, quienes me recibieron con indecible alegría; apenas podian creer el testimonio de sus ojos, tan milagrosa les parecia mi presencia. Contéles todo lo que habia pasado.

Al dia siguiente me puse en camino para Corietain, donde me detuve veinte dias, aguardando la vuelta del mensagero que envié á Alepo. Gran necesidad tenía yo de descanso y de aquella ocasion de renovar mi vestimenta, que se me caia del cuerpo á pedazos; pero estuve á pique de detenerme allí mas de lo que hubiera querido, pues corrió la voz de que el ejército de los Wahabi habia invadido el desierto de Damasco y talado varias aldeas, matando á los hombres y á los niños hasta el último, y perdonando solo á las mugeres, pero despues de haberlas robado. El jeque de Corietain, incapaz de oponer la menor resistencia, hizo cerrar las puertas de la ciudad, prohibió salir de ella y aguardó temblando los resultados. Pronto supimos que habiendo atacado el enemigo á Palmira, los habitantes, retirados en el recinto del templo, se habian defendido denodadamente, y que los Wahabi, no pudiendo reducirlos, se habian contentado con matar á los camelleros y robar los ganados. De allí pasaron á saquear la aldea de Arack, y se esten-

dieron por las cercanias. Mucho me atemorizaron estas siniestras nuevas por la suerte de mi mensagero, que llegó sin embargo sano y salvo, con el dinero de Jeque Ibrahim; habiase refugiado algun tiempo en Saddad, cuyos vecinos, habiendo ya pagado una fuerte contribucion, nada tenían que temer por el momento. Aprovechéme de esta circunstancia, y quitándome mi trage de Beduino, me vestí como un cristiano de Saddad, y pasé á aquella aldea, donde obtuve noticias del Drayhy, que estaba acampado en Ghaudat el Cham con la tribu de Bargiass. Trasládeme á su lado lo mas pronto que pude, y allí supe con sentimiento que se habia formado una temible coalicion entre Mehanna el Fadel y la tribu del pais de Samarcanda: habian entablado relaciones con los gobernadores de Homs y de Hama, reuniéndose así Turcos y Beduinos contra nosotros. En aquella crítica situacion, acordéme de nuestro amigo el bajá Soliman, é insté á Jeque Ibrahim á ir á Damasco á conferenciar con él. Inmediatamente nos pusimos en camino, y nos apeamos en casa de su primer ministro, Hagim, quien nos dijo el nombre de la supuesta princesa de Inglaterra, y nos notició que merced á la influencia y á los regalos de lady Stanhope, se habia formado Mehanna un poderoso partido entre los Turcos. Estos pormenores nos confir-

maron en la idea de que la Inglaterra, noticiosa de nuestros proyectos, pagaba por una parte á los Wahabi, mientras que por otra procuraba reunir á los Beduinos de Siria con los Turcos por mediacion de lady Stanhope: apoyaba ademas nuestras congeturas el encuentro que tuvimos en casa de M. Chabassan de un Inglés que tomaba el nombre de Jeque Ibrahim, y que procuraba sondearnos, aunque estábamos demasiado alerta para caer en el garlito. Habiendo obtenido de Soliman Bajá lo que deseábamos, nos dimos prisa á volver á nuestra tribu.

El valor del Drayhy no flaqueaba, antes cada dia estaba mas animado. El *bouyourdi* que nos concedió Soliman Bajá mandaba á los gobernadores de Homs y de Hama que respetasen á su fiel amigo y querido hijo el Drayhy Ebn Challan, que debia ser obedecido como gefe supremo del desierto de Damasco, y decia que toda alianza contra él era opuesta á la voluntad de la Puerta. Provisto de este importante documento, nos adelantamos hácia Hama, y pocos dias despues, Jeque Ibrahim recibió una invitacion de lady Ester Stanhope para pasar á verla con su muger, madama Lascaris, que se habia quedado en Acre. Esta invitacion le contrariaba tanto mas cuanto hácia tres años que no habia dado noticias suyas á su muger, para que no supiese por donde an-

daba ni su intimidad con los Beduinos, y sin embargo era preciso contestar á lady Stanhope. Escribióle que tendria el honor de pasar á verla apenas se lo permitiesen las circunstancias, y al mismo tiempo despachó un correo á su muger diciéndole que rehusase por su parte el convite, pero ya era tarde. Inquieta por la existencia de su marido, madama Lascaris habia pasado inmediatamente á Hama, á verse con lady Stanhope, esperando por aquel conducto descubrir su paradero, y así se vió obligado el señor Lascaris á ir á reunirse con ella.

Acercábase entre tanto Mehanna mas y mas, creyéndose seguro de la cooperacion de los Osmanlis, y el Drayhy, creyendo que era llegado el momento de presentar el *bouyourdi* del Bajá, envió á su hijo Saher á Homs y á Hama, donde fué recibido con los mayores agasajos. En vista de la orden de que era portador, ambos gobernadores pusieron sus tropas á su disposicion, declarando á Mehanna traidor, por haber llamado á los Wahabi, los mas encarnizados enemigos de los Turcos.

Convidó lady Ester Stanhope á Saher á pasar á su casa, le colmó de regalos, así para él como para su muger y su madre, dió un *machlah* y un par de botas á cada ginete de su comitiva, y anunció el proyecto de ir en breve á visitar su

tribu. No fué tan feliz el señor Lascaris en la visita que le hizo; habiendo intentado en vano con astutas preguntas sonsacarle en punto á sus relaciones con los Beduinos, acabó por tomar un tono de autoridad que dió al señor Lascaris un pretesto para romper con ella: envió á su muger á Acre, y se separó de lady Stanhope, completamente reñido con ella.

Mehanna se preparaba á empezar la lucha, pero viendo que el Drayhy no estaba en manera alguna intimidado, juzgó prudente asegurarse un refuerzo de Osmanlis, y envió á su hijo Farés á Homs, á reclamar la promesa del gobernador, pero este, en vez de darle el mando de una division, le hizo cubrir de cadenas y meter en un calabozo. Mehanna, consternado por aquella fatal nueva, se vió en un momento derribado del mando supremo y reducido á la triste y humillante necesidad, no solo de someterse al Drayhy, mas tambien de solicitar su proteccion contra los Turcos. Aquel pobre anciano, abrumado por tan inesperado revés, se halló precisado á ir á implorar la mediacion de Assaf, caudillo de Sadding, que le prometió negociar la paz: partió este efectivamente con cien ginetes para ir á acompañarle, y dejándole con su escolta á alguna distancia del campamento, se adelantó solo hasta la tienda del Drayhy, que le recibió como á ami-

go, pero rehusó al principio la sumision de Mehanna: entonces nos interpusimos en su favor. Jeque Ibrahim hizo valer la hospitalidad que nos habia dispensado cuando llegamos al desierto, y Saher, besando dos veces la mano de su padre, unió sus instancias á las nuestras. Acabó en fin por ceder el Drayhy, y los principales de la tribu se pusieron en marcha para ir á recibir á Mehanna con las atenciones debidas á su edad y á su clase. Luego que echó pié á tierra, el Drayhy le hizo sentarse en el asiento de honor y mandó traer el café: entonces Mehanna poniéndose en pié: — « No beberé tu café, le dijo, hasta que « estemos completamente reconciliados y haya-
« mos enterrado las siete piedras. » Al oír esto, levantóse igualmente el Drayhy, ambos desenvainaron sus sables y se los presentaron mutuamente para besarlos, hecho lo cual se abrazaron lo mismo que todos los presentes. Mehanna hizo con su lanza en medio de la tienda un hoyo en la tierra de un pié de profundidad, y habiendo elegido siete piedrecitas, dijo al Drayhy: « En el « nombre del Dios de paz, para tu fianza y la « mia, de este modo enterramos para siempre « nuestra discordia. » A medida que iban echando las piedras en el hoyo, los dos jeques las cubrian con tierra y las pisaban, mientras que las mugeres prorrumpian en atronadores gritos de

alborozo. Terminada esta ceremonia ¹, volvieron á sus asientos y se sirvió el café; desde entonces ya no era lícito recordar lo pasado ni hablar de guerra: me aseguraron que para que una reconciliacion se hiciese en regla, debia celebrarse de aquel modo. Despues de una copiosa comida, leí el tratado, en el que pusieron sus sellos Me-hanna y otros cuatro gefes de tribus ². Sus fuerzas reunidas ascendian á siete mil seiscientas tiendas, y lo que todavía era mucho mas importante, el Drayhy se hacia de este modo gefe de todos los Beduinos de la Siria, donde no le quedaba un solo enemigo. Saher fué á Homs con objeto de solicitar la libertad de Farés, á quien en efecto trajo consigo, vestido con una pelliza de honor, para tomar parte en la general alegría; despues de esto las tribus se dispersaron ocupando todo el pais desde el Horan hasta Alepo.

Solo esperábamos ya el fin del verano para regresar al levante, y terminar los negocios que habiamos entablado el año anterior con las tribus de Bagdad y Bassora. Este tiempo de calma y ocio se ocupó en los preparativos de un casa-

¹ Esta ceremonia se llama *kasnat*.

² Estos caudillos eran: Zarack Ebn Fahrer, caudillo de la tribu El Gioullan; Giarah Ebn Meghiel, caudillo de la tribu El Giamha; Ghaleb Ebn Ramdoun, caudillo de la tribu El Ballahiss; y Faress Ebn Nedged, caudillo de la tribu El Masleker.

miento entre Giarah, hijo de Farés, gefe de la tribu El Harba, y Sabha, hija de Bargiass, la mas hermosa doncella del desierto. Yo me interesaba particularmente en la boda, por haber conocido á la novia durante mi permanencia al lado de su madre. Farés rogó al Drayhy que le acompañase á la tienda de Bargiass para hacer la demanda matrimonial, y las personas mas notables de la tribu ataviadas con sus vestidos de mas lujo los acompañaron. Llegamos á la tienda de Bargiass sin que nadie saliese á recibirnos; ni aun el mismo Bargiass se puso de pie cuando entramos; tal es la costumbre en semejantes circunstancias; la menor atencion se consideraria como una falta de decoro. Pasados algunos momentos, el Drayhy tomó la palabra: — « ¿Por qué, dijo, nos recibís de tan mala manera? Si no quereis darnos de comer, nos volveremos á nuestras tiendas. » Durante este tiempo, Sabha, retirada en la parte de la tienda reservada á las mugeres, miraba á su novio por la abertura de la lona. Antes de dar principio á la negociacion es preciso que la joven haga seña para manifestar que acepta al que se presenta; porque si despues del secreto examen de que acabo de hablar dice á su madre que el futuro no le gusta, la cosa no pasa adelante; pero en aquella ocasion, como el que se presentaba era un bizarro mozo, de noble y altiva presen-

cia, Sabha hizo la seña de adhesión á su madre, que respondió entonces al Drayhy : « ¡Seais bien venidos! No solo os daremos de comer con mucho gusto, mas os concederemos cuanto pidais. — Venimos, replicó el Drayhy, á pedir os vuestra hija en matrimonio para el hijo de nuestro amigo; ¿cuanto quereis por su dote? — Cien *nackas*¹, respondió Bargiass, cinco caballos de la raza de Nedgde, quinientas ovejas, tres negros y tres negras para servir á Sabha; y para el regalo, un *machlah* bordado de oro, un vestido de seda de Damasco, diez brazaletes de ambar y coral, y unas botas amarillas. » El Drayhy hizo algunas observaciones sobre una exigencia tan exorbitante diciendo. « Veo que quieres justificar el refran árabe : Si no quieres casar á tu hija ponla muy cara. Sé mas razonable si quieres que se efectue esta boda. »

Ajustóse el dote definitivamente en cincuenta *nackas*, dos caballos, doscientas ovejas, un negro y una negra. El regalo quedó como le había pedido Bargiass, y aun se añadieron algunos *machlahs* y unas botas amarillas para la madre y otras personas de la familia. Despues de haber estendido el convenio, le leyó en voz alta; luego los

¹ Hembras de camellos, de la mas hermosa especie.

circunstantes recitaron la oración *Faliha*, el Padre nuestro de los musulmanes, que da, por decirlo así, la sanción al contrato; luego se sirvió leche de camella, como se hubiera servido agua de limon en una ciudad de Siria, y concluida la comida, montaron á caballo todos los jóvenes para dedicarse á los juegos del djerid¹ y otros. Giarah se distinguió, por agradar á su futura, que observó con gusto su agilidad y gracia. Nos separamos cuando entró la noche, pensando cada cual en los preparativos de la boda.

Al cabo de tres dias, el dote ó mas bien el precio de Sabha estaba preparado; un inmenso acompañamiento se puso en marcha observando el orden siguiente: á la cabeza iba un ginete con una bandera blanca en la punta de su lanza, y diciendo á grandes voces: Llevo el honor sin mancilla de Bargiass. Detras seguian los camellos adornados con guirnaldas de flores y acompañados de sus conductores; luego, el negro á caballo, perfectamente vestido, rodeado de hombres á pié que iban entonando canciones populares. Detras de ellos iba una porción de guerreros, armados con fusiles que continuamente disparaban: seguialos una muger que llevaba

¹ Ejercicio ecuestre con palos que se lanzan como dardos. Estos palos se llaman *djerids*.

un brasero encendido en el que iba quemando incienso : luego iban las ovejas, conducidas por los pastores cantando, como cantaba Chibouk, el hermano de Antar, hace dos mil años, porque las costumbres de los Beduinos no cambian jamas. Venia luego la negra asimismo á caballo y rodeada de doscientas mugeres á pié, grupo que no era ciertamente el mas silencioso, porque los gritos de alegría y los cantos nupciales de las mugeres árabes son de lo mas agudo que se puede imaginar. El camello que llevaba el regalo cerraba la marcha ; los machlahs bordados de oro se veian estendidos por todas partes cubriendo el animal. Las botas amarillas pendian á los lados, y los objetos de valor, dispuestos en festones y arreglados con arte, formaban el conjunto mas suntuoso. Un muchacho de la principal familia, montado en aquel camello, decia en alta voz : « ¡Ojalá quedemos siempre victoriosos !
« Ojalá se apague para siempre el fuego de nuestros enemigos ! » Otros muchachos le acompañaban gritando : « Amen. » Yo por mi parte iba corriendo de un lado á otro para disfrutar mejor de aquel vistoso espectáculo.

Bargiass nos salió entonces á recibir con los hombres y las mugeres de su tribu, y entonces fué cuando los gritos y los cantos fueron verdaderamente atronadores ; luego los caballos, lan-

zados en todas direcciones, pronto nos envolvieron en una nube de polvo.

Dispuestos en orden los regalos alrededor de la tienda de Bargiass, se hizo el café en una gran caldera y todos le tomaron esperando el festin.

Diez camellos, treinta carneros y una inmensa cantidad de arroz formaban el fondo de la comida, despues de la cual se apuró una segunda caldera de café. Aceptado el dote, terminóse la ceremonia recitando de nuevo la oracion, y se convino en que Giarah iria á buscar á su novia dentro de tres dias. Antes de partir, fui á la estancia de las mugeres para que conociese mas particularmente á jeque Ibrahim la muger de Bargiass, y para darle gracias de nuevo por los desvelos que me habia prodigado. Respondióme que queria aumentar mi deuda de gratitud dándome á su sobrina en matrimonio, pero jeque Ibrahim remitió al año próximo la ejecucion de aquel proyecto.

La víspera del dia fijado para la boda, estendióse la voz de que un formidable ejército de Wahabi habia asomado por el desierto ; los correos volaban de tribu en tribu, escitándolas á reunirse de tres en tres ó de cuatro en cuatro, á fin de que, en todos los puntos, pudiese hallarlas el enemigo prontas á recibirle, y poco faltó para que empezase la boda por un combate á

muerte, en lugar de un combate fingido, como es costumbre.

Salieron el Drayhy y los otros gefes muy de mañana con mil ginetes y quinientas mugeres para ir á conquistar á la hermosa Sabha. A corta distancia del campo, se paró la comitiva; los ancianos y las mugeres echan pie á tierra y esperan el resultado de un combate entre los mozos que vienen á robar á la novia, y los de la tribu que se oponen á este intento; estas peleas suelen tener malas resultas, pero no le es permitido al esposo tomar parte en ellas porque podrian poner su vida en peligro las aschanzas de sus rivales. En aquella ocasion, todo se redujo á unas cuantas heridas, y la victoria, como era regular, quedó por los nuestros, que robaron á la novia y se la entregaron á las mugeres de nuestra tribu. Sabha iba acompañada de unas veinte doncellas y seguida de tres camellos cargados: el primero llevaba su handag, cubierto de grana, guarnecido de franjas y borlas de lana de varios colores, y adornado con plumas de avestruz; festones de conchas y tiras de vidrio de color adornaban la parte interior, y servian de marco á unos espejitos, que colocados de trecho en trecho, reflejaban la escena por todos lados. El segundo camello llevaba su tienda, y el tercero, sus alfombras y su ajuar de cocina. Sentada la

novia en su handag, y rodeada de las mugeres de los caudillos, montadas en sus camellos, y de las otras mugeres á pie, empezó la marcha; varios ginetes, caracoleando á la cabeza, anunciaban su llegada á las tribus que debiamos encontrar al paso, y que salian á recibirnos quemando incienso y matando carneros bajo los pies de los camellos de la novia. Nada puede dar una idea exacta de aquella escena ni de la que duró todo el dia y toda la noche: imposible seria pintar las danzas, los cantos, las hogueras, los banquetes, los gritos de toda especie y el alboroto que siguieron á su llegada. Dos mil libras de arroz, veinte camellos y cincuenta camellas se devoraron en el festin de los caudillos. Ocho tribus enteras se hartaron, merced á la hospitalidad de Farés, y todavía se oia gritar á media noche. « ¡El que tenga hambre que venga á comer! » Tenia yo tan gran reputacion entre ellos, que Giarah me pidió un talisman para asegurar la felicidad de aquel enlace: — escribí su cifra y la de su muger en caracteres europeos, se las dí con solemnidad, y nadie dudó de la eficacia de aquel hechizo viendo el contento de ambos esposos.

Pocos dias despues, noticioso de que los Wahabi, en número de diez mil combatientes, tenían sitiada á Palmira, dió orden el Drayhy de salirles al encuentro y los alcanzamos en El

Daub; allí hubo algun tiroteo hasta el anoche-
cer, pero sin que se trabase seriamente la lid. En-
tonces tuve ocasion de apreciar las ventajas de
los *mardoufs*, en estas guerras del desierto en
las que es preciso provisiones para el ejército
para mucho tiempo. Estos camellos, montados
por dos hombres, son como unas fortalezas am-
bulantes, provistas de cuanto necesitan para su
sustento y su defensa; un barril de agua, un
costal de harina, otro de dátiles pasos, un cán-
taro de manteca de oveja, y las municiones de
guerra forman como una torre cuadrada sobre
el lomo del animal. Los hombres, cómodamente
colocados á ambos lados en asientos de cuerdas,
no tienen que recurrir á nadie: cuando tienen
hambre, amasan un poco de harina con man-
teca, y se la comen así sin hacerla cocer; unos
cuantos dátiles y un poco de agua completan la
comida de aquellos hombres sobrios; para dor-
mir no hacen mas que tenderse en el camello co-
mo ya he dicho.

Mas serio fué el combate el dia siguiente: nues-
tros Beduinos pelearon con mas encarnizamiento
que sus adversarios, porque tenían detras de sí
á sus mugeres y á sus hijos, al paso que los Wa-
habi, lejos de su pais y ansiosos solamente de
pillage, estaban poco dispuestos á arriesgar sus
vidas cuando nada habia que ganar. La noche se-

paró á los combatientes, pero al amanecer volvió
á empezar la lucha con nueva furia; en fin, al
anochecer, la victoria se decidió á nuestro favor;
les matamos sesenta hombres, les cogimos vein-
tidos prisioneros, catorce hermosas yeguas y se-
senta camellos; el resto del ejército huyó y nos
dejó dueños del campo de batalla. Esta victoria
aumentó la fama del Drayhy, y colmó de alegría
á jeque Ibrahim, que exclamó: « Gracias á Dios,
« nuestras cosas van bien. »

Como ya no teniamos mas enemigos que te-
mer en el desierto de Siria, jeque Ibrahim se se-
paró por algun tiempo del Drayhy, y pasó á
Homs á comprar mercancias y á escribir á Eu-
ropa. Durante nuestra permanencia en esta ciu-
dad, me dejó en plena libertad para divertirme
y descansar de todas mis fatigas; todos los dias
hacia partidas de campo con algunos jóvenes
amigos míos, y gozaba doblemente de aquella
vida de placeres por el contraste que formaba
con la que habia pasado entre los Beduinos,
pero, ¡ah! ¡mi alegría debia ser de corta dura-
cion y convertirse pronto en amarga tristeza! Un
mensajero que habia ido á Alepo á buscar di-
nero para el señor Lascaris, me trajo una carta
de mi madre que se hallaba sumergida en la
mayor afliccion de resultas de la muerte de mi
hermano mayor, victima de la peste. Su carta

parecía insensata á fuerza de dolor; la infeliz madre no sabía qué era de mí hacia cerca de tres años, y me suplicaba, si aun vivía, que fuese á reunirme con ella. Esta terrible nueva me privó del uso de mis sentidos, y tres dias pasé sin saber donde me hallaba, y sin querer tomar ningún alimento; gracias á los desvelos del señor Lascaris, fuíme restableciendo poco á poco, pero todo lo que pude obtener de él fué que me dejase escribir á mi pobre madre, y aun hasta la víspera de nuestra partida no pude enviarle mi carta, por miedo de que viniese á verme; — pero paso por alto los pormenores de mis sentimientos personales, que no pueden interesar, y vuelvo á la narracion de mi viage. Habiéndonos prevenido el Drayhy que pensaba salir pronto para el levante, nos dimos prisa á ponernos en camino para alcanzarle; habia puesto á nuestra disposicion tres camellos, dos yeguas y cuatro guías. El dia de nuestra partida de Homs sentí una opresion de pecho tan extraordinaria, que estuve á punto de tomarla por un funesto presentimiento: pareciame que caminaba á una muerte prematura; pero venciendo mi flaqueza, acabé por persuadirme de que lo que experimentaba era el resultado del abatimiento en que me habia sumergido la dolorosa carta de mi madre; en fin nos pusimos en camino, y despues de haber an-

dado todo el dia, nuestros guías nos instaron á continuar de noche el viage, pues no teniamos mas que veinte horas de marcha. Nada de particular nos sucedió hasta media noche, y ya empezaba á adormecernos el monótono movimiento de nuestras cabalgaduras, cuando el guia que iba delante nos gritó:

— « Abrid bien los ojos, y tened cuidado, « porque estamos en la orilla de un hondo precipicio. »

El camino no tenia mas que un pie de ancho; á derecha habia una montaña tajada perpendicularmente, y á izquierda el precipicio llamado Wadi-el Hail. Despertéme sobresaltado, me froté los ojos y cogí la brida que habia dejado caer sobre el cuello de mi yegua, pero esta precaucion, que debia salvarme, fué cabalmente lo que estuvo á punto de costarme la vida, porque habiendo tropezado el animal en una piedra, el miedo me hizo tirar de las riendas demasiado fuerte, con lo que perdió el terreno y cayó rodando conmigo en el fondo del precipicio. Ignoro lo que pasó despues de aquel momento de angustia; pero hé aquí lo que luego me contó jeque Ibrahim. Lleno de terror, apóse de su caballo y procuró distinguir la sima en que yo habia desaparecido, pero la noche era demasiado oscura, tanto que solo el ruido de mi caída le ad-